

# READING PLAN

## Chapter: 9

3th

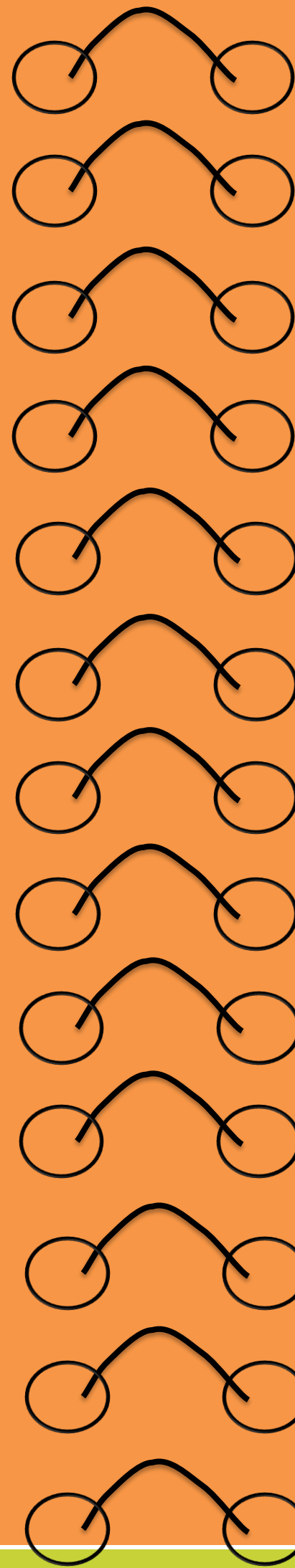
SECONDARY

LA CUEVA DE LA MORA



 **SACO OLIVEROS**

# LA CUEVA DE LA MORA



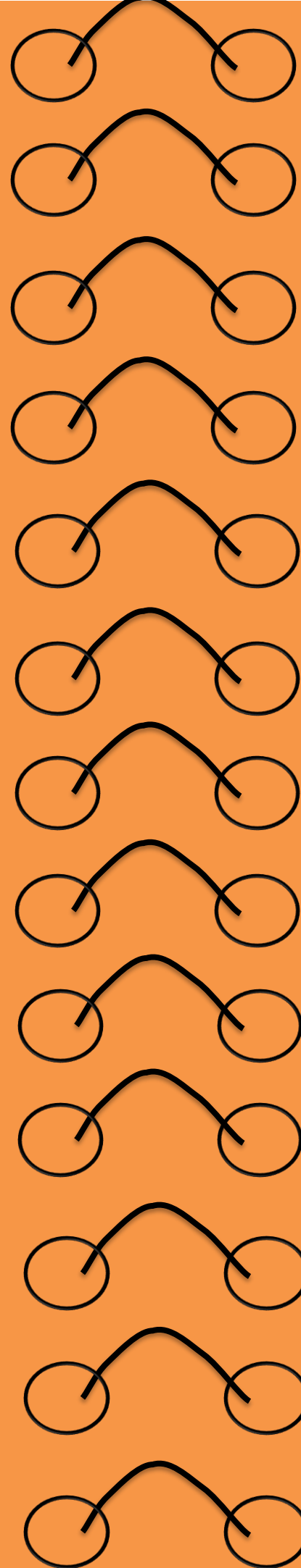
## ENFOQUE TEÓRICO

A estos mapas también se los denomina redes conceptuales. Para construir un mapa semántico, el primer paso consiste en la lectura y selección de la información más relevante, para lo cual se utiliza la técnica del sumillado (leer y tomar pequeñas notas) o, simplemente, se elaboran resúmenes. Un segundo paso consiste en diseñar el esquema de acuerdo con las características y número de ideas que se pretende organizar. A partir del tema central, se asocian las ideas, que pueden ser características, hechos, causas, consecuencias, etc. Los tipos de mapas semánticos son

variados; generalmente se subdividen utilizando una figura geométrica que se adecúa según el número de ideas: por ejemplo, un cuadrado o rectángulo para cuatro ideas, un hexágono para seis ideas, etc. Asimismo, se puede añadir imágenes y color, de modo que se optimice el efecto visual y sea posible agregar información.

## LA CUEVA DE LA MORA

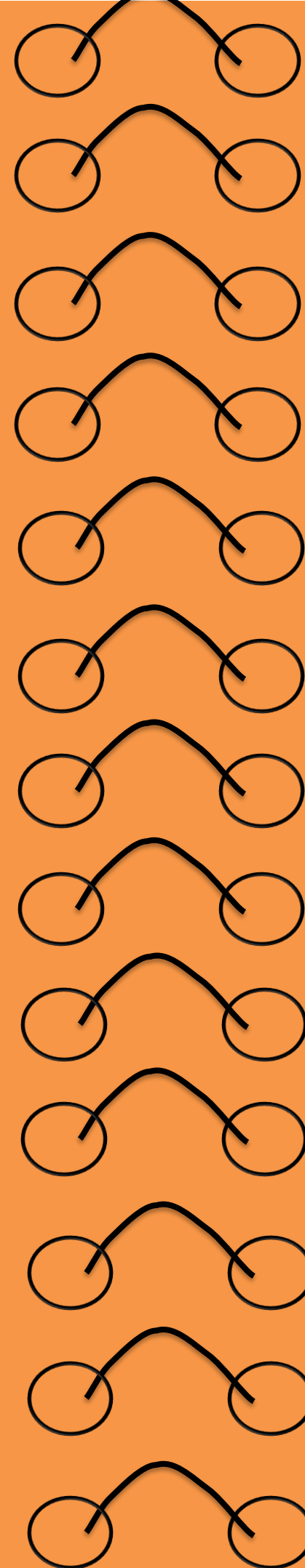
Frente al establecimiento de baños de Fitero, y sobre unas rocas cortadas a pico, a cuyos pies corre el río Alhama, se ven todavía los restos abandonados de un castillo árabe, célebre en la época de la Reconquista, por haber sido teatro de grandes y memorables hazañas, así por parte de los que lo defendieron, como los que valerosamente clavarón sobre sus almenas el estandarte de la cruz.



De los muros no quedan más que algunos ruinosos vestigios; las piedras de la atalaya o torre vigía han caído unas sobre otras al foso y lo han cegado por completo; en el patio de armas crecen zarzales y matorrales; por todas partes adonde se vuelven los ojos no se ven más que arcos rotos, sillares oscuros y carcomidos: aquí un lienzo de barbacana, entre cuyas hendiduras nace la hiedra; allí un torreón, que



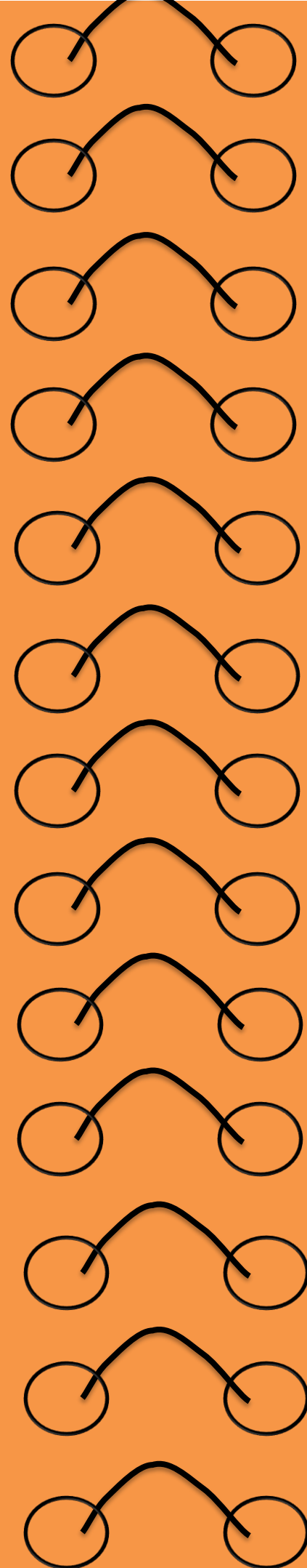
aún se tiene en pie como por milagro; más allá los postes, con las anillas de hierro que sostenían el puente colgante. Durante mi estancia en los baños, ya por hacer ejercicio que, según me decían, era conveniente al estado de mi salud, ya arrastrado por la curiosidad, todas las tardes tomaba entre aquellas quebradas el camino que conduce a las ruinas de la fortaleza árabe, y allí me pasaba las horas y las horas



escarbando el suelo por ver si encontraba algunas armas, dando golpes en los muros para observar si estaban huecos y sorprender el escondrijo de un tesoro, y metiéndome por todos los rincones con la idea de encontrar la entrada de algunos de esos subterráneos que es fama existen en todos los castillos de los moros.

Mis indagaciones fueron por demás infructuosas.

Sin embargo, una tarde en que, ya desesperanzado de hallar algo nuevo y curioso en lo alto de la roca sobre que se asienta el castillo, renuncié a subir a ella y limité mi paseo a las orillas del río que corre a sus pies, andando, andando a lo largo de la ribera, vi una especie de boquerón abierto en la peña viva y medio oculto por frondosos y espesísimos matorrales.

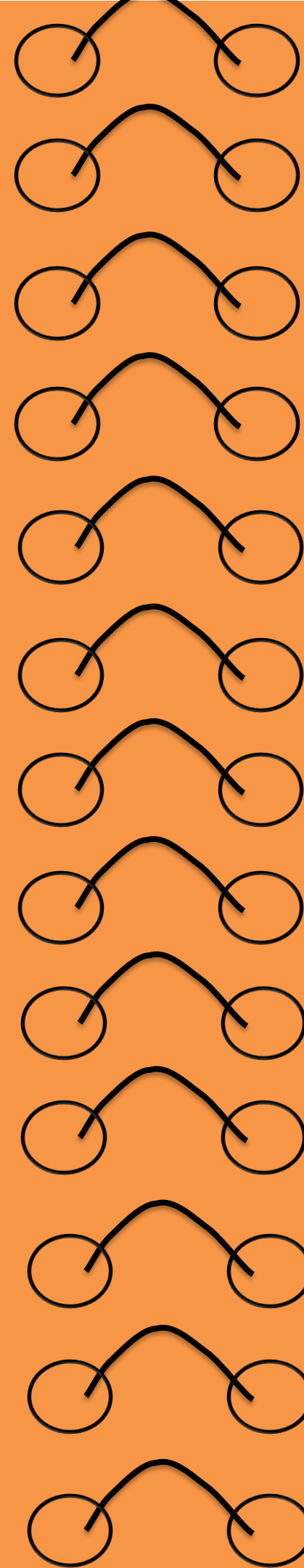


Con un poquito de temor separé el ramaje que cubría la entrada de aquello que me pareció cueva formada por la naturaleza y que después que anduve algunos pasos vi era un subterráneo abierto a pico. No pudiendo penetrar hasta el fondo, que se perdía entre las sombras, me limité a observar cuidadosamente las particularidades de la bóveda y del piso, que me pareció que se elevaba formando como unos grandes peldaños en dirección a la altura en que se halla el

castillo de que ya he hecho  
mención, y en cuyas ruinas recordé  
entonces haber visto una abertura  
cerrada.

Sin duda había descubierto uno de  
esos caminos secretos tan  
comunes en las obras militares de  
aquella época, el cual debió de  
servir para hacer salidas falsas o  
coger durante el sitio, el agua del  
río que corre allí inmediato.

Para cerciorarme de la verdad,  
después que salí de la cueva por  
donde había entrado, trabé



conversación con un trabajador  
que andaba podando unas viñas  
en aquellas quebradas, y al cual  
me acerqué con pretexto de pedirle  
fuego para encender un cigarrillo.

Hablamos de varias cosas  
indiferentes; de las propiedades  
medicinales de las aguas de Fitero,  
de la cosecha pasada y la por  
venir, de las mujeres de Navarra  
y el cultivo de las viñas; hablamos,  
en fin, de todo lo que al buen  
hombre se le ocurrió, primero que  
de la cueva, objeto de mi  
curiosidad.

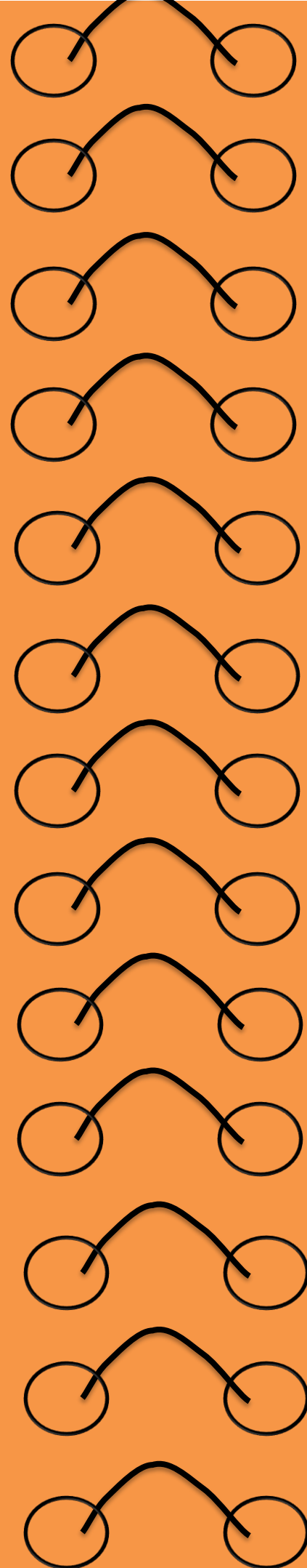


Cuando, por último, la conversación recayó sobre este punto, le pregunté si sabía de alguien que hubiese penetrado en ella y visto su fondo.

—¡Penetrar en la cueva de la mora!  
—me dijo como asombrado al oír mi pregunta—.

¿Quién había de atreverse?

¿No sabe usted que de esa sima sale todas las noches un alma?



—¡Un alma! —exclamé yo sonriéndome—. ¿El alma de quién?

—El alma de la hija de un alcaide moro que anda todavía penando por estos lugares, y se la ve todas las noches salir vestida de blanco de esa cueva, y llena en el río una jarra de agua.

Por la explicación de aquel buen hombre vine a saber de que acerca del castillo árabe y del subterráneo

que yo suponía en comunicación con él, había alguna historia; y como yo soy muy amigo de oír todas estas tradiciones, especialmente de labios de la gente del pueblo; le supliqué me la refiriese, lo cual hizo, poco más o menos, en los mismos términos que yo a mi vez se la voy a referir a mis lectores.



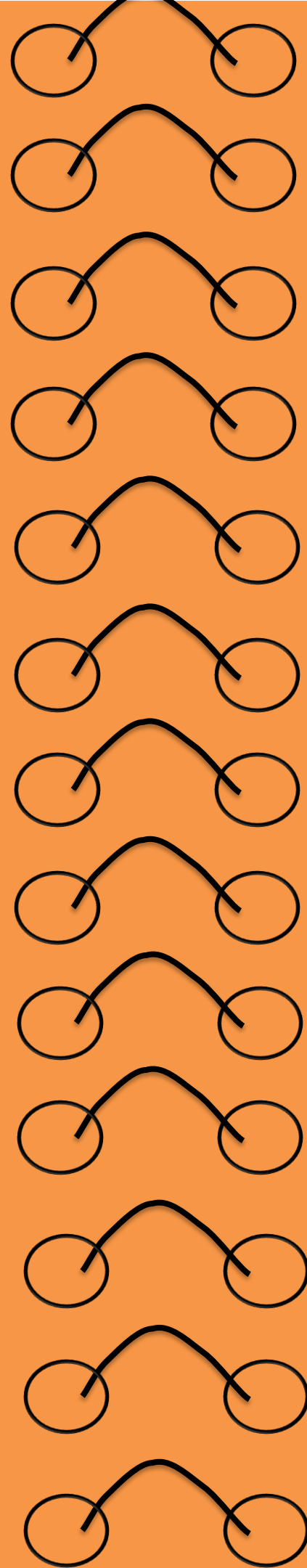
## II

Cuando el castillo del que ahora solo restan algunas informes ruinas, se tenía aún por los reyes moros, y sus torres, de las que no ha quedado piedra sobre piedra, dominaban desde lo alto de la roca en que tienen asiento todo aquel fertilísimo valle que fecunda el río Alhama, ocurrió junto a la villa de Fitero una reñida batalla, en la cual cayó herido y prisionero de los árabes un famoso caballero cristiano, tan digno de renombre por su piedad como por su valentía.



Conducido a la fortaleza y cargado de hierros por sus enemigos, estuvo algunos días en el fondo de un calabozo luchando entre la vida y la muerte hasta que, curado casi milagrosamente de sus heridas, sus deudos le rescataron a fuerza de oro.

Volvió el cautivo a su hogar; volvió a estrechar entre sus brazos a los que le dieron el ser. Sus hermanos de armas y sus hombres de guerra se alegraron al verle, creyendo

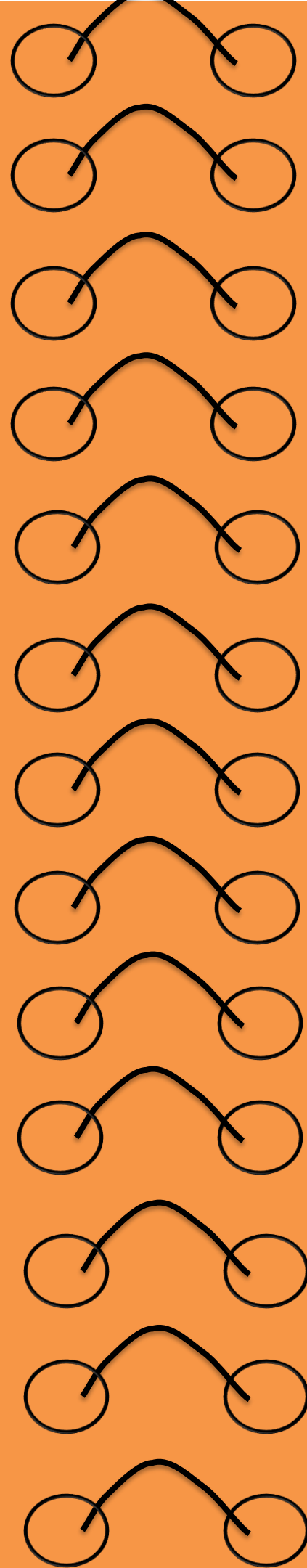


La llegada de emprender nuevos combates; pero el alma del caballero se había llenado de una profunda melancolía, y ni el cariño paterno ni los esfuerzos de la amistad disiparon su extraña melancolía.

Durante su cautiverio logró ver a la hija del alcaide moro, de cuya hermosura tenía noticias por la fama antes de conocerla; pero cuando la conoció la encontró tan superior a la idea que de ella se había formado, que no pudo resistir

a la seducción de sus encantos, y se enamoró perdidamente de un objeto para él imposible.

Meses y meses pasó el caballero forjando los proyectos más atrevidos y absurdos: imaginaba un medio de romper las barreras que lo separaban de aquella mujer; otras veces hacía los mayores esfuerzos para olvidarla; ya se decidía por una cosa, ya se mostraba partidario de otra absolutamente opuesta, hasta que

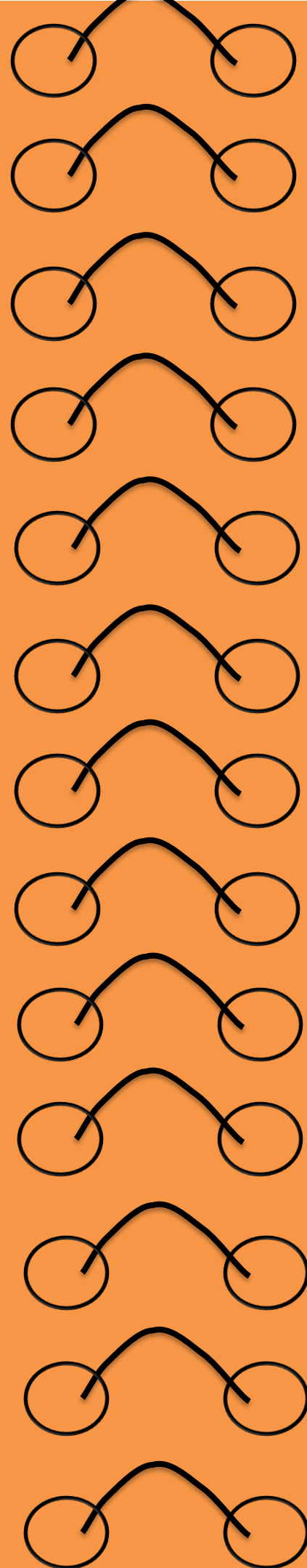


al fin un día reunió a sus hermanos y compañeros de armas, mandó llamar a sus hombres de guerra, y después de hacer con la mayor discreción todos los preparativos necesarios, cayó de improviso sobre la fortaleza que guardaba a la hermosura, objeto de su insensato amor.

Al partir a esta expedición, todos creyeron que solo movía a su caudillo el afán de vengarse de cuanto le habían hecho sufrir prisión en el fondo de sus calabozos; pero después de tomada la fortaleza, no se ocultó

a ninguno la verdadera causa de aquella arrojada empresa, en que tantos buenos cristianos habían perecido para contribuir al logro de una pasión vergonzosa.

El caballero, embriagado en el amor que al fin logró encender en el pecho de la hermosísima mora, ni hacía caso de los consejos de sus amigos, ni hacía caso de las murmuraciones y las quejas de sus soldados. Unos y otros clamaban por salir cuanto antes de aquellos



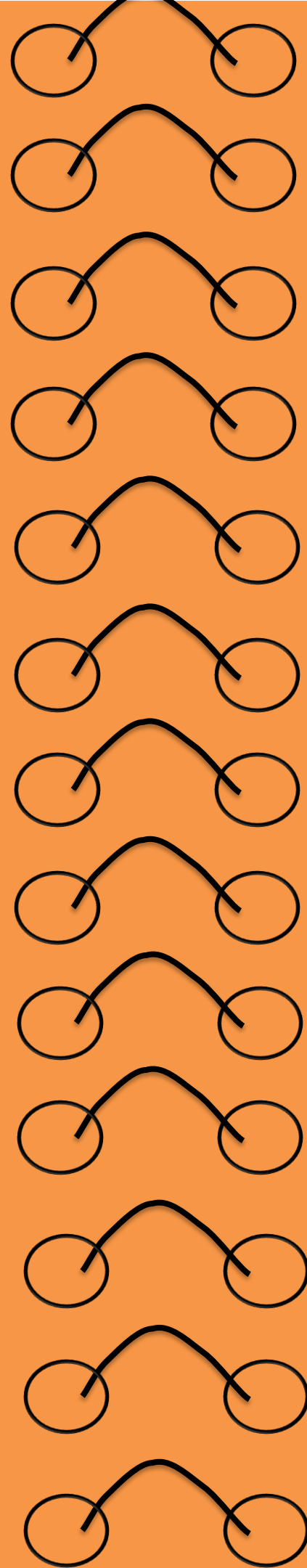
muros, sobre los cuales era natural que habían de caer nuevamente los árabes, repuestos del pánico de la sorpresa.

Y en efecto, sucedió así: el alcaide reunió gentes de los lugares cercanos; y una mañana el vigía que estaba puesto en la atalaya de la torre bajó a anunciar a los enamorados amantes que por toda la sierra que desde aquellas rocas se descubre se veía bajar tal nublado de guerreros, que bien podía asegurarse que iba a caer sobre el castillo la morisma (ejército de moros) entera.



La hija del alcaide se quedó al oírlo pálida como la muerte; el caballero pidió sus armas a grandes voces, y todo se puso en movimiento en la fortaleza. Los soldados salieron en tumulto de sus cuadras; los jefes comenzaron a dar órdenes; se bajaron los rastrillos; se levantó el puente colgante, y se coronaron de ballesteros las almenas.

Algunas horas después comenzó el asalto.

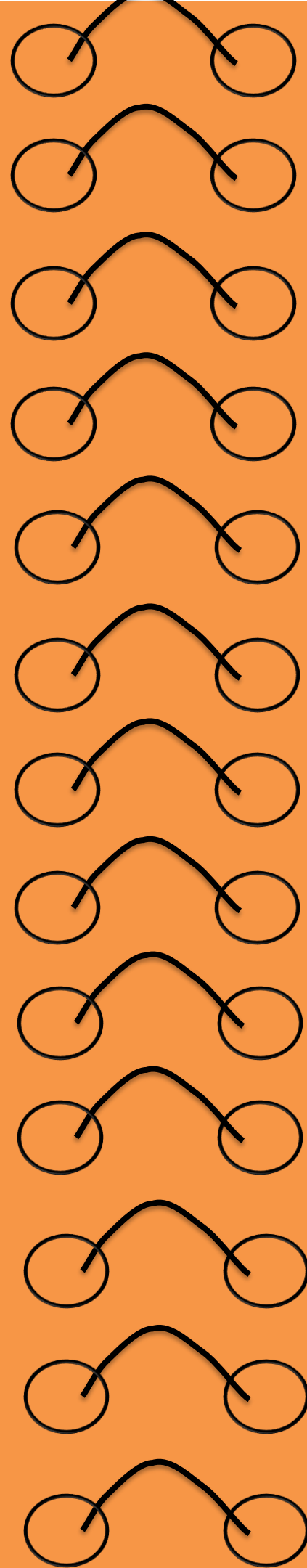


Al castillo con razón podía llamarse inexpugnable. Solo por sorpresa, como se apoderaron de él los cristianos, era posible rendirlo. Resistieron, pues, sus defensores, una, dos y hasta diez embestidas.

Los moros se limitaron, viendo lo inútil de sus esfuerzos, a cercarlo estrechamente para hacer capitular a sus defensores por hambre. El hambre comenzó, en efecto, a hacer estragos horrorosos entre los cristianos; pero sabiendo que, una vez rendido el castillo, el precio de la vida de sus defensores

era la cabeza de su jefe, ninguno quiso hacerle traición, y los mismos que habían reprobado su conducta, juraron perecer en su defensa.

Los moros, impacientes: resolvieron dar un nuevo asalto al mediar la noche. La embestida fue rabiosa, la defensa desesperada y el choque horrible. Durante la pelea, el alcaide, partida la frente de un hachazo, cayó al foso desde lo alto del muro, al que había logrado subir con ayuda



de una escalera, al mismo tiempo que el caballero recibía un golpe mortal en la brecha del moro, en donde unos y otros combatían cuerpo a cuerpo entre las sombras.

Los cristianos comenzaron a ceder y a replegarse. En este punto la mora se inclinó sobre su amante que yacía en el suelo moribundo, y tomándole en sus brazos con unas fuerzas que hacían mayores la desesperación y la idea del peligro, lo arrastró hasta el patio de armas. Allí tocó a un resorte, y, por



la boca que dejó ver una piedra al levantarse como movida de un impulso sobrenatural, desapareció con su preciosa carga y comenzó a descender hasta llegar al fondo del subterráneo.

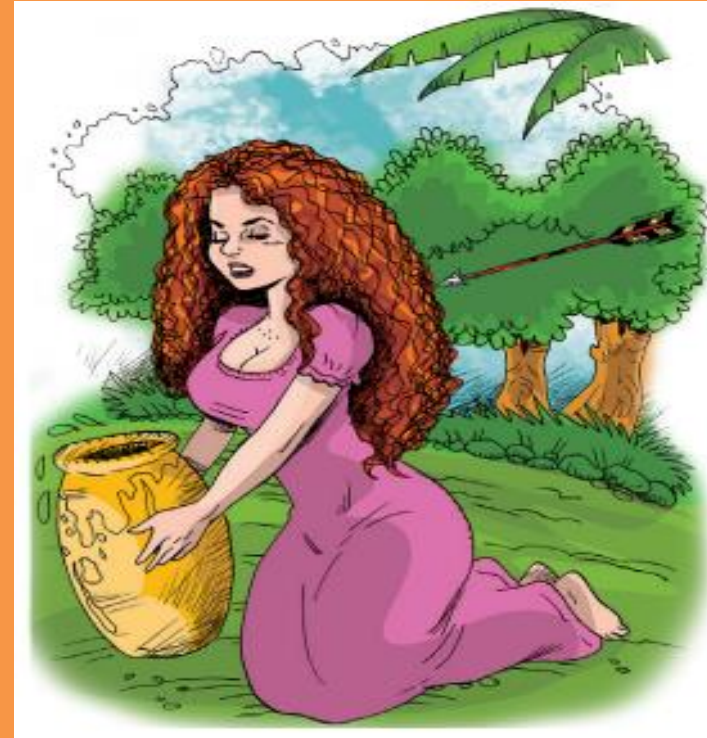


III

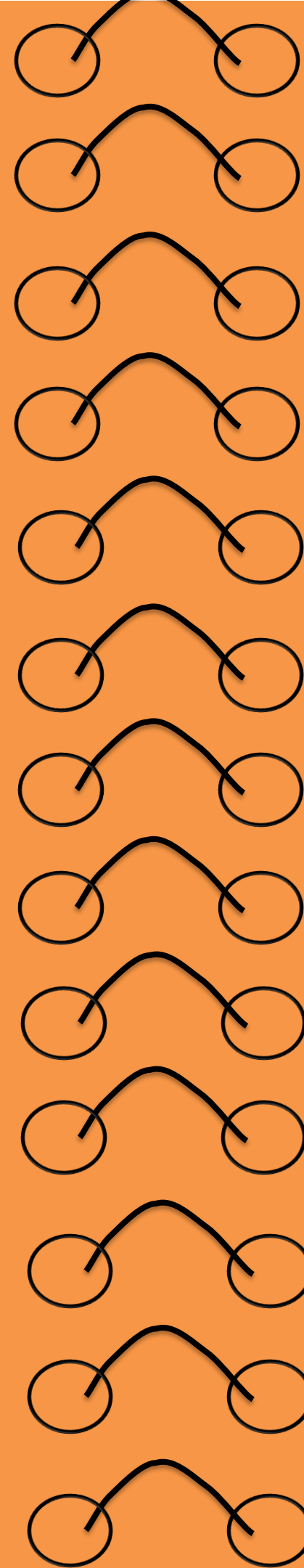
Cuando el caballero volvió en sí, tendió a su alrededor una mirada llena de extravío, y dijo:  
—¡Tengo sed! ¡Me muero!  
¡Me abraso!— Y en su delirio, precursor de la muerte, de sus labios secos, por los cuales silbaba la respiración al pasar, solo se oían salir estas palabras angustiosa:  
—¡Tengo sed!  
¡Me abraso! ¡Agua! ¡Agua!



La mora sabía que aquel subterráneo tenía una salida al valle por donde corre el río.



El valle y todas las alturas que lo coronan estaban llenos de soldados moros, que una vez rendida la fortaleza buscaban en vano por todas partes al caballero y a su amada para saciar en ellos su sed de exterminio:

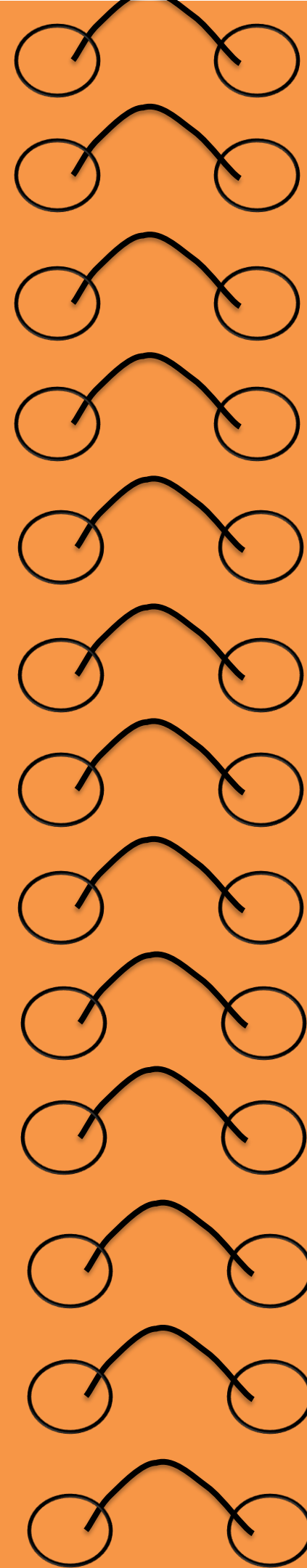


sin embargo, no vaciló un instante, y tomando el casco del moribundo, se deslizó como una sombra por entre los matorrales que cubrían la boca de la cueva y bajó a la orilla del río.

Ya había tomado el agua, ya iba a incorporarse para volver de nuevo al lado de su amante, cuando silbó una flecha y resonó un grito.

Dos guerreros moros que velaban alrededor de la fortaleza habían disparado sus arcos en la dirección en que oyeron moverse las ramas.

La mora, herida de muerte, logró, sin embargo, arrastrarse a la entrada del subterráneo y penetrar hasta el fondo, donde se encontraba el caballero, este, al verla cubierta de sangre y próxima a morir, volvió en su corazón; y conociendo la enormidad del pecado que tan duramente expiaban; volvió los ojos al cielo, tomó el agua que su amante le ofrecía, y sin acercársela a los labios, preguntó a la mora: —¿Quieres ser cristiana? ¿Quieres morir en mi religión, y



si me salvo salvarte conmigo? La mora, que había caído al suelo desvanecida por la falta de la sangre, hizo un movimiento imperceptible con la cabeza, sobre la cual derramó el caballero el agua bautismal, invocando el nombre del Todopoderoso. Al otro día, el soldado que disparó la flecha vio un rastro de sangre a la orilla del río, y siguiéndolo, entró en la cueva, donde encontró los cadáveres del caballero y su amada, que aún vienen por las noches a vagar por estos contornos.





## ACTIVIDAD N° 9

### 1. Nivel literal

¿Con qué adjetivos se habla de ella y con qué adjetivos se habla de él?

RESUELVE  
CON TU  
PROFESOR EN  
CLASE



## 2. Nivel inferencial

¿Para qué era necesario la conversión de la mora?

RESUELVE  
CON TU  
PROFESOR EN  
CLASE

## 3. Nivel crítico

¿Qué similitudes encuentras entre esta leyenda “La cueva de la mora” y “El pozo amargo”?

RESUELVE  
CON TU  
PROFESOR EN  
CLASE

#### 4. Nivel creativo

Introduce un conflicto que cambie abruptamente el final de la obra.

RESUELVE  
CON TU  
PROFESOR  
EN CLASE

#### 5. Fortalecimiento Personal

¿Qué consejo le darías a la mora para evitar un desenlace trágico?

RESUELVE  
CON TU  
PROFESOR  
EN CLASE